

MARX, LENIN Y... ¿BOLÍVAR?

El regreso de la utopía revolucionaria a América Latina

PABLO O'BRIEN*

Una espada recorre Nuestra América: ¡Alerta, alerta, alerta que camina, la espada de Bolívar por América Latina! Con Bolívar. ¡A la carga! Coordinadora Continental Bolivariana». Semejante arenga atraviesa hoy el continente. Por increíble que parezca, ha revitalizado el discurso y la imagen de la izquierda latinoamericana, tan venida a menos luego de la caída del Muro de Berlín.

Escondido tras el recuerdo de Bolívar, el viejo discurso marxista-leninista vuelve a la palestra. Ahora supuestamente renovado y readaptado a la realidad de América Latina. Desde el triunfo de Hugo Chávez en Venezuela (1998), el Libertador cabalga de nuevo, pero esta vez acompañado de Marx, Lenin, Sandino, el Che Guevara, Allende y otros.

Prácticamente en todas las naciones del continente, distintas agrupaciones, en su mayoría de izquierda, han suscrito el denominado por ellos ideal bolivariano en los últimos años. Este credo se sustenta en tres posiciones: la unidad latinoamericana, el rechazo a la influencia estadounidense en la región (oposición al Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, al Plan Colombia y a la lucha antidrogas) y su oposición al modelo capitalista (rechazo al neoliberalismo y a los tratados de libre comercio).

Apuestan, además, por la instauración de un régimen socialista moderno (el socialismo del siglo XXI, como lo denomina Chávez) que reemplace al actual sistema democrático y liberal (o burgués).

Este proceso auspiciado y alentado desde Venezuela forma parte de un plan mayor que desvela a Chávez. Según el analista venezolano Alberto Garrido, la estrategia del presidente venezolano consiste en «instalar un proceso revolucionario continental (fase bolivariana) y mundial (nueva etapa socialista del siglo XXI), en el marco de un nuevo poder planetario multipolar. La táctica principal ha sido innovadora: combinar procesos insurreccionales revolucionarios con rutas electorales de la democracia representativa».¹

Efectivamente, Chávez apoya sin reserva (y se sospecha que financia) a movimientos y partidos políticos que combinan métodos electorales e insurreccionales (paros generales, bloqueos y marchas) para tomar el poder.

Esta táctica parece haber dado réditos. El triunfo del Movimiento Al Socialismo (MAS) en Bolivia lo demuestra. Evo Morales llegó al gobierno por ambos métodos. También ha tenido éxito en Ecuador, donde el movimiento Pachakutik derrocó a varios presidentes y hoy gobierna Rafael Correa. Otras agrupaciones que aplican esta táctica son el Frente Sandinista de Daniel Ortega (presidente desde este año) en Nicaragua, el Farabundo Martí de Shafik Handal en El Salvador, el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil y en cierto modo el Partido Revolucionario Democrático (PRD) de López Obrador en México. En Argentina, tiene el apoyo de los piqueteros y el propio presidente Kirchner le extiende la mano.

Pero lo que más preocupa a los analistas políticos latinoamericanos es la realización de eventos como el Encuentro Internacional Proyecciones de la Lucha Revolucionaria en América Latina (organizado en Chile a fines de octubre de 2006) y la formación de organizaciones de carácter internacional como la Coordinadora Continental Bolivariana.

La alarma surge porque tales organizaciones desprecian el juego democrático y reivindican

abiertamente la lucha armada (la violencia revolucionaria) como el camino (e incluso la única vía) para alcanzar el poder.

Estos colectivos radicales justifican ya el futuro uso de la fuerza con afirmaciones trasnochadas e inmorales como: «cuando la violencia proviene del pueblo, no es violencia, es justicia porque es así como se consiguen los triunfos».

¿Qué hay detrás de todo esto? En buena parte del continente existe indudablemente un gran malestar por la corrupción e inoperancia de nuestros gobernantes, malestar que se magnifica por las agudas condiciones sociales y la desigualdad imperante; por eso, según el Latinobarómetro, los índices de rechazo a la democracia son altísimos (el Perú se halla primero en este triste *ranking*).

A todo ello, agréguese una creciente radicalización en grandes sectores de la población. En las últimas elecciones presidenciales, candidatos con discursos antisistema obtuvieron fuertes respaldos desde México hasta la Patagonia, pasando, claro está, por el Perú.

Recientemente, Luis Pásara, columnista de Perú.²¹, se sorprendía en uno de sus artículos con el notorio cambio ideológico de los argentinos. «Las pintas en las paredes multiplican la imagen del 'Che' y convocan a reuniones y manifestaciones de una juventud guevarista. Reclamos y demandas, situados en sintonía con el discurso de Chávez», nos dice, y nos informa de paso que los escaparates de las librerías bonaerenses están repletos de ediciones recientes de Marx (e incluso José Carlos Mariátegui), así como de reportajes y testimonios a célebres ex guerrilleros.²

Algo parecido sucede en Chile, aunque en menor medida. Y el Perú, de hecho, no es la excepción.

En los circuitos juveniles *underground* y universitarios se detecta este giro hacia la izquierda. Escuelas de discusión marxista y publicaciones con fuerte contenido «revolucionario» surgen periódicamente, siendo el internet la caja de resonancia de dichos debates. Y ni qué decir de las protestas antimineras y cocaleras, en las que también se propone sistemáticamente el uso de la violencia.

¿Cuál es el nuevo credo en el que estos aspirantes a revolucionarios encuentran inspiración?

Aunque sorprenda, en un híbrido ideológico denominado marxismo-leninismo-bolivariano, por unos; socialismo-bolivariano, por otro, o simplemente chavismo por la gran mayoría. Lo cierto es que desde que Hugo Chávez llegó a la presidencia de Venezuela empieza a definir el pensamiento de los sectores antes denominados de izquierda, incluyendo a los grupos más radicales que han adoptado sin mayor reflexión los postulados de este nuevo pensamiento «pseudoideológico».

Hay quienes ven en la actitud y el discurso chavista un neopopulismo, una suerte de nacionalismo que aspira hacerse panamericano. Un instrumento político que busca darle una identidad definida a Latinoamérica, en oposición a Estados Unidos (el nuevo imperialismo). Para otros, como el historiador Germán Carreras, tal doctrina es en realidad una «ideología de reemplazo» elaborada para justificar el régimen autoritario que impone Hugo Chávez a Venezuela.³

En lo que todos coinciden es en su gran arraigo e influencia.

UNA VIEJA ESTRATEGIA

La utilización de Bolívar con fines políticos es casi una tradición latinoamericana. Tras el derrumbe de la Unión Soviética, en América Latina se vive una «aguda desorientación ideológica» o, peor aún, un «franco extravío ideológico».⁴

El bolivarianismo-militarismo (que es la forma en que Carreras denomina al chavismo) sería una de estas ideologías de reemplazo, la cual no es ni orgánica en su formulación ni sistemática en su aplicación.

Carreras estudia a las ideologías de reemplazo como un instrumento de desorientación de los pueblos, que las aleja del siempre difícil ejercicio de la democracia. Para este efecto, tales ideologías se forman de lo que Ortega y Gasset llamaba creencias (ideas asumidas como verdaderas)

[...] fuertemente arraigadas en la sociedad, que crean un ambiente propicio para que hagan efecto proposiciones salvacionistas, por descabelladas que estas puedan parecer a la mentalidad ilustrada o

crítica. Esta conjunción puede movilizar la inconmensurable fuerza contenida en el inconsciente colectivo, como quedó de sobra demostrado en la segunda mitad del siglo XX. Pero este asalto a la razón comienza por minar la democracia despojando al individuo de su capacidad crítica y subyugándolo a mitos o esperanzas colectivas.⁵

La estrategia para construir un Bolívar que justifique la política y los postulados chavistas es evidentemente un rescate con fines utilitarios antes que histórico.

[Con este fin] se toma como punto de referencia, en el pensamiento del héroe, alguna expresión que, por su nivel de abstracción, o por su contenido moralizador, se sitúa en un plano que luce como intemporal, al menos en el mediano período histórico, para hacerle corresponder de inmediato con una visión no menos simplificada del presente.⁶

Así, para Carreras el actual culto a Bolívar practicado por el chavismo se «corresponde con la expresión ideológica tradicional del culto rendido a Simón Bolívar, establecido [en Venezuela] a lo largo de casi siglo y medio. [...] En virtud del bolivarianismo montado en torno al culto de Bolívar, se han formado creencias que están fuertemente arraigadas en todos los niveles de la sociedad».⁷ Por ejemplo, se cree que Bolívar proclamó la libertad de los esclavos, cuando esta recién se efectuó en 1854. Tales creencias están fuertemente enraizadas en Venezuela y son promovidas con tanto ahínco por el Estado que han convertido al bolivarianismo en una oferta ideológica acerca de cuya legitimidad histórica no se requieren muchos argumentos.

Es decir, como se señaló antes, para que estas ideologías de reemplazo sean efectivas se las debe construir sobre las creencias o mitos que la sociedad previamente ha aceptado.

Asimismo, habría que recordar que en el marxismo latinoamericano también hay una larga tradición por encontrar una ligazón entre el proceso emancipador y «el revolucionario-guerrillero», que se abre con el triunfo de la revolución cubana y que sacudirá a todo el continente durante las décadas de 1970 a 1990 principalmente (la cual desarrollaremos más adelante).

Según la historiadora venezolana Inés Quintero, el Libertador que construyeron los presidentes venezolanos a los que denomina de derecha es presentado «como un individuo autoritario, dictatorial, personalista y con profundas reservas frente a la igualdad». Ante este hecho, la izquierda no solo venezolana sino latinoamericana erige otro muy distinto: «El Bolívar de Izquierda es un revolucionario, demócrata, popular, integracionista, adalid de la igualdad y antiimperialista».⁸

Antes de morir, el Libertador había advertido de esta instrumentalización que se hacía de su imagen y palabra:

Si algunas personas interpretan mi modo de pensar y en él apoyan sus errores, me es bien sensible, pero inevitable; con mi nombre se quiere hacer en Colombia el bien y el mal, y muchos lo invocan como el texto de sus disparates.⁹

El nacimiento del culto bolivariano en la izquierda latinoamericana se dio en la Conferencia Tricontinental, reunida en La Habana en 1966.

En ella se reconoce a Simón Bolívar, por su acción y su pensamiento, y por extensión de su significación como Libertador, como ejemplo del internacionalismo revolucionario (mal podría serlo del internacionalismo proletario de otros tiempos), haciéndole representar la lucha contra el imperialismo en América Latina, y poniéndolo de ejemplo para todos los pueblos del denominado Tercer Mundo. Este reconocimiento lo hizo expreso Fidel Castro en una carta dirigida a U-Thant, entonces Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas, inmediatamente después de la Conferencia, con el fin de rebatir la acusación de intervencionismo formulada contra la declaración general de la Conferencia. Respondiendo a una denuncia de esta proclamación presentada por los gobiernos latinoamericanos ante el Consejo de Seguridad de la ONU, en su carta a U-Thant Fidel Castro invocó a Simón Bolívar y otros luchadores por la Independencia para legitimar históricamente el principio intervencionista proclamado por la Conferencia Tricontinental. La carta tuvo el propósito de «...to give an adequate reply to the letter sent to the President of the Security Council by the representatives of the governments of Latin America which, with the exception of México, and under the guidance of the interventionist and imperialist United States Government, dare to 'denounce' before said body, the resolutions adopted in the First Solidarity

Conference of the Peoples of Asia, Africa and Latin America».¹⁰

Al año siguiente (1967) se reunió en La Habana por primera vez la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). En la sala de conferencias, dos gigantescas imágenes de Simón Bolívar y José Martí dominaban el escenario.

La utilización del culto a Bolívar, junto con el rendido a José Martí, le ha servido a Fidel Castro para eludir la dificultad de definir el socialismo de su régimen más allá de las consignas, al igual que para encubrir su política intervencionista en diversos países de América Latina. Ante la hasta ahora insuperable dificultad de formular una teoría de la revolución cubana, primero se quiso legitimarla haciendo de José Martí una especie de adelantado del socialismo en Cuba. Esta operación dio lugar a una cruda manipulación de la figuración histórica del poeta y escritor. Ante la no viabilidad de un Martí precursor del socialismo en Cuba, se operó un repliegue y se le convirtió en símbolo de la moral revolucionaria. De esta manera Simón Bolívar quedó consagrado como guía de la lucha revolucionaria, y otros como símbolos de esa misma lucha. Estableciendo roles y asignando tareas «...Castro calificó a Simón Bolívar de 'gigante de la guerra' y a José Martí 'gigante del pensamiento' y proclamó que la lucha no cesará mientras persistan las acciones agresivas y las leyes infames de Estados Unidos. Así como también que no desaparezca el imperialismo, cuyos crímenes, podredumbre e injusticia conocemos muy bien».¹¹

Es con este discurso que se inicia la manipulación del pensamiento e imagen de Bolívar para justificar la ola guerrillera que asoló el continente durante los años 70 y 80. El que se tuviera que recurrir al Libertador para semejante fin, como sostiene Carreras, desnuda el escaso vigor doctrinario de Castro.

La versión castrista del bolivarianismo es reveladora de la pobreza ideológica de la revolución cubana, que se volvió tributaria, en este aspecto también, de la más rancia tradición ideológica representada por el culto a Bolívar, vuelto instrumento de control político y de promoción de causas desnudas de mensaje propio.¹²

Lo cierto es que los grupos revolucionarios auspiciados por los cubanos decidieron identificar sus levantamientos con la causa emancipadora, en la lógica de que eran movimientos inscritos en un «proceso de liberación nacional», concepto en boga por esos años.

Mediante el concepto de liberación nacional la izquierda se reclamó continuadora de la obra política y militar de Bolívar. Los combatientes antiimperialistas deberían recoger la herencia bolivariana; a nuestro juicio: romanticismo político, nacionalismo cultural, voluntarismo revolucionario, sostiene Manuel Palacios.¹³

De allí que la mayoría de estas organizaciones tomara nombres de próceres: Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (El Salvador), Frente Sandinista de Liberación Nacional (Nicaragua), Alfaro Vive (Ecuador), Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), Frente Patriótico Manuel Rodríguez (Chile). No por nada, el M-19 se apropió de la espada de Bolívar al momento de iniciar sus acciones. El mismo acto fue ejecutado por el movimiento alfarista en Ecuador.

Al respecto, Carreras señala que esta práctica es una vieja tendencia que permite nacionalizar o sincretizar determinados mensajes.

Los grupos revolucionarios guevaristas recurrieron a este artificio con frecuencia. Por ello los nombres que adoptaron, en su mayoría próceres de la independencia con cierta carga social (como los arriba mencionados). En estos casos el propósito no ha sido evocar un legado ideológico, ni elaborar un programa de acción política inspirado en la figura simbólica invocada, mucho menos llevar a la práctica el pensamiento social o político, relativamente desarrollado y sistemático, reconocido o atribuido a esa figura.¹⁴

Por ello, Carreras advierte que este fenómeno es distinto al de Bolívar.

Obviamente, cuando hay un legado ideológico o un cuerpo de pensamiento comparativamente muy estructurado y sistemático, como sucede con el caso de Simón Bolívar, se da la oportunidad de trascender el símbolo utilizado de ese legado para componer, respaldar o suplir programas de acción política de todo género.¹⁵

Se puede concluir entonces, como lo hace Quintero, que desde la perspectiva del marxismo leninismo latinoamericano, el Libertador es un predecesor (y por tanto un ejemplo a imitar) de luchas revolucionarias del continente.

Es esta perspectiva revolucionaria, esgrimida por el marxismo leninismo, la misma que invocan quienes han pretendido en el pasado y el presente erigirse en continuadores de una gesta bolivariana de izquierda. [...] Si desde la derecha se pretendió convertirlo en fundamento del autoritarismo, el ejercicio realizado por la izquierda nos lo ofrece como el más genuino revolucionario del continente americano.¹⁶

Los movimientos revolucionarios de América Latina estaban a la búsqueda de una ideología de reemplazo desde hacía mucho. Carrera cita un artículo de Alejandro Peña Esclusa acerca del Foro de Sao Paulo, el que, según Peña, fue convocado por Fidel Castro y Luis Ignacio *Lula* Da Silva en 1990. Al encuentro asistieron

todos los grupos guerrilleros de América Latina... en vista de que el marxismo de los años setenta estaba ya caduco y desprestigiado, los directivos del Foro de Sao Paulo decidieron adoptar formalmente diversos disfraces: uno el indigenismo, o la supuesta lucha por los derechos indígenas, para encubrir la formación de grupos guerrilleros (Ejército Zapatista de Liberación Nacional); y también la promoción del separatismo, argumentando que el territorio ocupado por las tribus indígenas es propio y no del Estado nacional. Otro fue el del ecologismo radical que alegando la protección del medio ambiente, justificó la acción terrorista que obstaculizó el avance del Estado a través de obras de infraestructura, como carreteras y tendidos eléctricos. Y finalmente el de una versión extremista de la llamada Teología de la Liberación.¹⁷

Con la caída del régimen soviético y el creciente desprestigio de los regímenes de ese tinte político (en el que se incluye la revolución cubana), el culto a Bolívar se ha ido haciendo más complejo, eliminando y suplantando por completo el del marxismo-leninismo.

La evolución del culto a Bolívar, desde su función primera y primaria como evocación legitimadora, hasta convertirse en el bolivarianismo como ideología de reemplazo, se ha acentuado al disiparse el mensaje socialista y la ilusión de la revolución cubana, hasta suplantarlos por completo.¹⁸

Y los hechos parecen confirmar esta apreciación. Hoy hasta las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el principal y más poderoso grupo armado en América Latina, ha adoptado este credo y lo ha expandido por toda Latinoamérica.

Bajo este signo, las FARC han urdido una red a lo largo y ancho de América Latina, denominada Coordinadora Continental Bolivariana.

La Coordinadora Continental Bolivariana enmarca su espacio de acción, fundamentalmente, en el ámbito de América Latina y el Caribe, alentando la unidad de los pueblos en torno al propósito de construir la Patria Americana pensada por el Libertador. Pero, quienes asuman el compromiso bolivariano, independientemente de su nacionalidad, podrán hacer parte de la Coordinadora como miembros fraternales de sus Brigadas Internacionalistas Bolivarianas, en el sentido en que el Libertador las concibió en su relación práctica con los combatientes que de otras partes del mundo vinieron a hacer su aporte a la independencia, como en el caso de la Legión Británica.¹⁹

LA RED DE LAS FARC

Del 2005 a la fecha, la Coordinadora Continental Bolivariana (CCB), una suerte de internacional que agrupa a organizaciones que reivindican la lucha armada en América Latina, se ha expandido por todo el hemisferio. Hoy, salvo Paraguay, todos los países de Sudamérica cuentan con filiales de esta organización.

La CCB, como afirman sus medios de difusión, se creó durante la denominada Campaña Admirable 2003. Una marcha de jóvenes revolucionarios del continente intentó recordar de esta forma la campaña de Bolívar, quien partió desde Cartagena de Indias (Colombia) para liberar a Caracas (Venezuela) durante su gesta libertadora.

Sin embargo, la real fundación de la CCB se estableció en un congreso efectuado en la capital

venezolana entre el 10 y 11 de agosto, al que asistieron delegaciones de Canadá, Estados Unidos, México, República Dominicana, Puerto Rico, Colombia, Venezuela, Ecuador, Panamá, Perú, Bolivia, Argentina, Chile y de otros países. La mayoría de los asistentes eran representantes de organizaciones autodenominadas revolucionarias, antimperialistas y marxistas-bolivarianas (sobre este aspecto trataremos más adelante).

Como se señala en su acta fundacional:

Estamos convencidos de que el único medio para derrotar a nuestro principal enemigo —el imperialismo yanqui— es la unidad y coordinación de todas las fuerzas progresistas y revolucionarias del continente americano y del mundo, respetando todas las formas de lucha. Por lo tanto es imprescindible que marchemos juntos en la construcción de un nuevo polo de poder que nos permita derrotar el control político y económico de la Casa Blanca y las transnacionales.

[...] Todo marxista confluye en el bolivarianismo [...]. Bolivarianismo, marxismo-leninismo y socialismo son una necesidad para la humanidad.²⁰

En sus dos primeros años de vida la actividad de la CCB fue escasa. Sus dirigentes se limitaron a usarla como un mascarón para tener presencia en distintos eventos internacionales, realizar algunos congresos internacionales, reclamar por las detenciones de sus líderes (por las capturas de Rodrigo Granda y Francisco Antonio Cadena Collazos, «cura Camilo») y lanzar campañas internacionales (como «la liberación de los prisioneros políticos del imperio», en la que se incluyó el pedido de libertad para distintos cabecillas de las FARC, Víctor Polay, otros presos del MRTA, así como diferentes dirigentes de otras organizaciones).

Aunque desde su creación los dirigentes de la CCB trabajaron intensamente en abrir membresías (a las que denominan capítulos) a lo largo de toda Sudamérica, solo a partir de 2006 se produjo una febril aparición de esta suerte de sucursales en diferentes países del continente.

Este rápido crecimiento fue impulsado en gran medida por la activa participación del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Como revelara el diario El Comercio, el MRTA está detrás de la formación y funcionamiento del denominado Capítulo Perú de la Coordinadora. Ahora se sabe que dicha agrupación participó, también, en la constitución de los Capítulos de Chile y Bolivia.

En el último año, la CCB ha propiciado por lo menos tres encuentros internacionales. El primero, efectuado en junio de 2006 bajo el nombre de «Cátedra Internacional Bolivariana “José Carlos Mariátegui”», se llevó a cabo en Lima. El segundo, denominado «Proyecciones de la Lucha Revolucionaria en América Latina», se realizó a fines de octubre de 2006 en Santiago de Chile. El 10 de marzo de este año organizó un gran congreso en México llamado «Primer Encuentro Nacional de Solidaridad con las Luchas del Pueblo Colombiano».

Estos eventos contaron con la participación de lo más graneado de los movimientos latinoamericanos que aún consideran a la lucha armada como medio para alcanzar el poder. Los dos encuentros sirvieron a los dirigentes de estas agrupaciones para analizar la actual coyuntura latinoamericana y mundial y medir las posibilidades de instaurar el socialismo en el continente.

De los mencionados encuentros queda claro que, aparte de la ideología marxista-leninista, el discurso bolivariano (expresado como un antimperialismo radical) se ha convertido en el elemento de cohesión de estas organizaciones, las cuales actualmente se concentran en renovar su discurso (hacerlo bolivariano) para captar nuevos adeptos. Mientras tanto, se han comprometido a intercambiar experiencias, militantes y recursos para consolidar sus organizaciones.

El culto a Bolívar es usado por la CCB para apelar a un «nacionalismo latinoamericano», para defender los intereses de los pueblos del continente contra el supuesto avasallamiento al que es sometido por las oligarquías y la permanente agresión estadounidense. La gesta emancipadora calza perfectamente en este discurso, al igual que la imagen de Bolívar. De esta forma, la Coordinadora y los grupos que la conforman se pueden presentar como los verdaderos continuadores del proyecto bolivariano (o emancipador), pues sus proyectos revolucionarios se engarzan en la lucha por liberar al hemisferio del imperialismo y conseguir la definitiva unidad de los países de la región, la cual nunca se habría concretado debido a que fue tergiversado.

El recurrir a este nacionalismo (en este caso panamericano), emparenta a estas organizaciones

con los usos que diversos autoritarismos le han dado a este fenómeno para ocultar sus verdaderas intenciones políticas (y podría decirse económicas), para encubrir una ideología cada vez más pobre y menos atractiva, así como para justificar un *modus operandi* rayano en lo criminal.

LA LUCHA ARMADA

En función de este ideario, la Coordinadora justifica el camino de las armas como medio para la toma del poder. Bolívar es el ejemplo de la lucha. Su programa, olvidado y trastocado por las oligarquías regionales (en alianza con el imperialismo), solo podrá restablecerse mediante la lucha popular, según sostiene esta agrupación. Por eso, el Libertador, su pensamiento y acción son utilizados para vindicar la insurrección contra los gobiernos democráticos del continente.

Al declararse antimperialistas, reafirman su convicción en la lucha armada como medio para alcanzar el poder (restablecer el auténtico proyecto bolivariano y defender la soberanía panamericana de las agresiones de Estados Unidos), aspirando así a instaurar el socialismo en toda la región.

Estamos convencidos de que el único medio para derrotar a nuestro principal enemigo —el imperialismo yanqui— es la unidad y coordinación de todas las fuerzas progresistas y revolucionarias del continente americano y del mundo, respetando todas las formas de lucha. Por lo tanto es imprescindible que marchemos juntos en la construcción de un nuevo polo de poder que nos permita derrotar el control político y económico de la Casa Blanca y las transnacionales.²¹

En otro documento de su primer Congreso, titulado «Sobre las formas y vías de la revolución», son más explícitos acerca de la necesidad de reemplazar las estructuras actuales mediante el uso de la violencia.

Para construir el socialismo del siglo XXI, además de asimilar la experiencia emancipadora de Bolívar —con su doble objetivo de destruir el viejo sistema para construir uno nuevo y liquidar el régimen despótico y opresivo— debemos hacer aquello que enseña el marxismo, en cuanto a romper la máquina burocrática-militar del Estado como condición de toda revolución verdaderamente popular.²²

El documento en el que con mayor claridad muestran su vocación por la violencia política es una carta dirigida a Fernando Bossi, presidente del Congreso Bolivariano de los Pueblos (una organización fundada por Hugo Chávez).

Nosotros somos bolivarianos de los de abajo, que compartimos con usted, como válidos, los procedimientos legales, abiertos, institucionales de la lucha antioligárquica, antimperialista y emancipadora. Pero no por ello hemos de avergonzarnos de compartir también los procedimientos de quienes, obligados por las tiranías y gobiernos neoliberales, serviles, criminales, que pululan en Nuestra América, no tienen otro camino que el de las luchas clandestinas y la rebelión [...] Somos solidarios con la insurgencia colombiana y con toda la rebeldía de quienes en el continente han tomado el camino legítimo de la combinación de todas las formas de lucha para librarse de la explotación y del imperialismo, porque gente que empuñe la espada para dar respaldo al batallar de las ideas, es lo que requiere el presente si realmente buscamos concretar los sueños del Libertador, de Martí..., y de todos aquellos héroes que han forjado la emancipación del continente.²³

La carta firmada por Óscar Rotundo, secretario general de la CCB, deja sentado que el camino de las armas («empuñar la espada») es considerado el medio que la coyuntura actual pide para realizar los cambios y transformaciones a las que aspiran los movimientos que conforman esta Coordinadora.

En ese sentido, como sostiene un documento gubernamental colombiano,²⁴

[...] las organizaciones radicales de izquierda como Patria Libre de Paraguay, Frente Político Manuel Rodríguez de Chile y Túpac Amaru de Perú han encontrado en la CCB un escenario de revalidación de su vigencia, la posibilidad de reactivación de planes estratégicos relacionados con la actividad armada, apoyo financiero e intercambio de experiencias que se disfrazan como actividades de solidaridad y de relaciones públicas.

Las FARC —como señala el mencionado informe— no han abandonado la idea de crear las condiciones para la consolidación de un Ejército Revolucionario en Latinoamérica, capitalizando las problemáticas sociales de diversos países del continente. Su experiencia en la lucha armada y su capacidad económica (derivada de su participación en el narcotráfico) le permiten asesorar y financiar a otros grupos latinoamericanos

La revolución entonces estaría por volver de la mano de Bolívar reconvertido en un luchador social, en un revolucionario, un guerrillero. ¿Es posible que esto ocurra? Andreas Feldman y Maiju Perälä²⁵ analizaron de forma cuantitativa (a través de índices de correlación) todas las causas (convertidas en variables) que generan procesos subversivos. Los resultados son llamativos.

En primer lugar, las situaciones de crisis económicas, al igual que de inequidad estructural de las sociedades latinoamericanas, son factores preponderantes para que haya un levantamiento armado. Asimismo, descubrieron que es más factible que se produzcan estos procesos en regímenes democráticos que en autoritarios. Una paradoja complicada para la región. A mayor libertad mayor posibilidad de que la democracia sea jaqueada por grupos insurgentes. Y, finalmente, los actos subversivos ocurren en países en los que anteriormente hubo organizaciones y actos violentos de esta naturaleza. Por tanto, concluyen estos autores, en América Latina existirían ciclos subversivos de quince a veinte años de duración.

Dado que la CCB se está reconstruyendo sobre la base de antiguos grupos que creen en la lucha armada, podemos inferir que estaríamos por entrar en un nuevo ciclo. ¿Se cumplirá esta profecía? De ser así, ¿qué cariz tomará este nuevo proceso? Son preguntas que solo el tiempo absolverá.

* Periodista y profesor de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la PUCP.

1 GARRIDO, Alberto. *La guerra asimétrica de Chávez*. Caracas: Alfadil, 2005.

2 PÁSARA, Luis. «Impresiones de paso por Argentina». *Perú.21*, Lima, 19 de noviembre de 2006.

3 CARRERAS, Germán. *El bolivarianismo-militarismo. Una ideología de reemplazo*. Caracas: Ala de cuervo, 2005.

4 *Ibidem*.

5 *Ibid.*, p. 14.

6 *Ibid.*, p. 35.

7 *Ibid.*, p. 40.

8 QUINTERO, Inés. «Bolívar de izquierda, Bolívar de derecha: Nación y construcción discursiva». En <www.simon-bolivar.org>.

9 *Ibid.*

10 CARRERAS. Ob. cit., p. 70.

11 *Ibid.*, p. 72.

12 *Ibid.*, p. 73.

13 En CARRERAS. Ob. cit.

14 CARRERAS, p. 15.

15 *Ibid.*, l. cit.

16 QUINTERO. Ob. cit.

17 CARRERAS. Ob. cit., pp. 67-68.

18 *Ibid.*, p. 32.

19 Véase <www.conbolivar.org>.

20 *Ibid.*

21 *Ibid.*

22 *Ibid.*

23 *Ibid.*

24 Citado por *El Comercio* en el artículo «Las FARC lideran núcleo bolivariano».

25 FELDMAN, Andreas y MAIJU PERÄLÄ. «Nongovernmental Terrorism in Latin America: Re-examining Old Assumptions». Working paper 286, julio de 2001.